

flameaba un garrote que parecía la perra de Hércules.

Según variaba el plano de la Villa, quedando el de Teixeira como objeto de museo, variaba al atuendo del «isidro»: la boina de colores cedía la coronilla del paleta a otra negra, y la blusa, a una chaqueta que hoy, por lo ceñida y breve, parecería de «moda».

El aparejo redondo que debió vestir la tía Javiara, introductora en Madrid de las rosquillas de Fuenlabrada, que hace ya muchos años merecieron un nombre que tiene categoría de título nobiliario en una heráldica populachera: «rosquillas del Santo»; el aparejo redondo, decía, aún aparece en el indumento de algunas mujeres que, sin venir a Madrid porque les marean los autobuses y los taxis, se peinan en 1958 igual que sus madres y abuelas hace un siglo, con rodetes en el moño y en los aladares,

tapando las orejas, de las que cuelgan grandes aros.

\* \* \*

Las industrias establecidas en varios pueblos, las costumbres exóticas que vienen a extinguir lo tradicional, las revistas de modas francesas e inglesas, que han conquistado el kiosko de venta de periódicos con la invasión del «T B O» y «El Caso», yendo de mano en mano, están enterrando los vestidos *hechos en casa*, a cambio de la labor de unas modistas que antes se iba a buscar a la cabeza de partido, cuando no al mismo Madrid. En esos pueblos —les ofrezco a ustedes el ejemplo de Torrejón de Ardoz, con sus fábricas y las bases aeronáuticas allí establecidas—, a esas muchachas que vienen a Madrid to-

das las semanas, que los domingos, en vez de ir a un baile en decadencia, se van al cine porque les son ya familiares los nombres de los astros, desde Vittorio de Sica y Marlon Brando hasta la Sofía Loren, la del sueño de los mozos *que van a entrar en quintas*. El cine ha conseguido entrar en los pueblos, cosa que nunca logró el teatro, cuyas representaciones, caricaturizadas por el ingenioso Muñoz Román en su revista «La chacha», siempre las hacían los aficionados de la *localidad*, sobre un escenario parvo, las sillas y la mesa que prestaba algún vecino y, colgados, unos telones descoloridos, que lo mismo valían *para un roto que para un descosido*, según la expresión vulgar; es decir, que igual representaban un castillo que un bosque.

Durante los principios del siglo la provincia era refractaria al cambio de usos. Se vestía en 1920 con los mismos *modelos* de cincuenta años antes. El aparejo redondo seguía luciendo por las calles madrileñas, sin el éxito entre los turistas que han impuesto —después de la guerra— las mujeres de Cáceres, de toda Extremadura; la excelente labor folklórica de Coros y Danzas y las Exposiciones de Artesanía. La faz de España ha cambiado mucho. Es frecuente descubrir cómo el abrigo de piel, *cunicultivado*, ha derrotado la toquilla, que defendía el cuerpo de los rigores invernales. Las muchachas se *perecen* por vestir igual que Abe Lane, la rubia esposa de Xavier Cugat, o la Lollobrigida, cuyo nombre en los Estudios de cine se ha quedado en las dos sílabas primeras: *Lo-llo*, con una rapidez de adaptación que no lograron —ni se propusieron— las mujeres mayores de nuestras familias. Se ven en los paseos vespertinos de las plazas, doradas por el polvillo de una primavera triunfante, *chaquetas sastre a la inglesa*, con que se visten las *mozas*, obreras de industrias y fábricas que han ido invadiendo el mapa español agrario —gracias a Dios— y convirtiendo poco a poco; panoramas que, la verdad sea dicha, nos han traído el cine y unas costumbres nuevas, pasa-





das por el tamiz del auto, la radio, el avión y la *tele*, que los madrileños ya hemos bautizado: la *teveo*.

\* \* \*

Es primero de mayo, un primero de mayo cristianizado por Pío XII. Se va a celebrar, se celebró, el 150 aniversario de la gesta antinapoleónica.

Estoy en el Retiro. Aparece el primer paleta, el primer *isidro*. Pero no viste, como debió vestir su abuelo, blusa corta, ni la mujer aparejo redondo. Ellas, las jóvenes, llevan peinados existencialistas. Proceden de Vicálvaro, de San Martín de Valdeiglesias, de Colmenar, de muchos pueblos de la provincia. Los colores son, a veces, un poco rabiosos: morado con verde, marrón con amarillo y ese rojo ladrillo que se ha puesto de moda en las blusas de las mujeres, las camisas y los calcetines de los hombres; jóvenes, naturalmente. Son los primeros *isidros*, con una indumentaria audaz y vibrante. Ni ellos usan aquellas boinas de colores que parecían una tarta en trozos, ni ellas se peinan con rodete. Visten y se *hacen la cabeza* como las del cine; con los colores que se ven en los escaparates de la avenida de José Antonio y de la calle de Velázquez. Son otros *isidros*, que conservan un adjetivo derivado de la fecha que vienen a Madrid; antes, a ver a la Loreto y la Puerta del Sol; hoy, a pasear por la Gran Vía, sin asombro ya, e ir a Martín,

*«a ver, a ver  
a Queta Claver».*

Pero estos hombres y mujeres que han cambiado en lo exterior, siempre están dispuestos a reproducir la gesta de un 2 de Mayo, que hizo héroes y heroínas a un Malasaña, a un Andrés Torrejón, a una Agustina; a tantos nombres que para luchar por la unidad de su patria no necesitaban más que una sola cosa: corazón; un corazón caliente por ese fuego que da el sol de España.

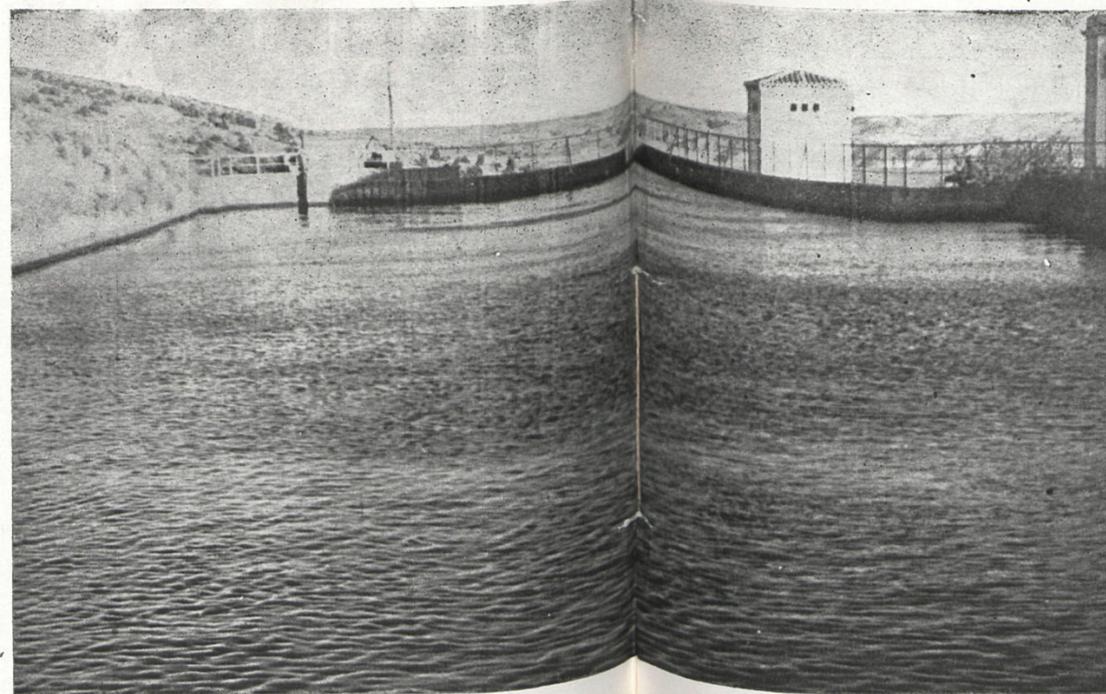


# CIENTOS AÑOS *del* CANAL DE ISABEL II

Torrelaguna, clave del abastecimiento de agua en Madrid

Los treinta mil duros en oro, que robaron unos "caballistas", pusieron en grave aprieto a la Empresa del Canal

Estanque. El agua de Madrid se orea y purifica antes de ser sorbida por los sifones, que la transportarán a la capital de España.



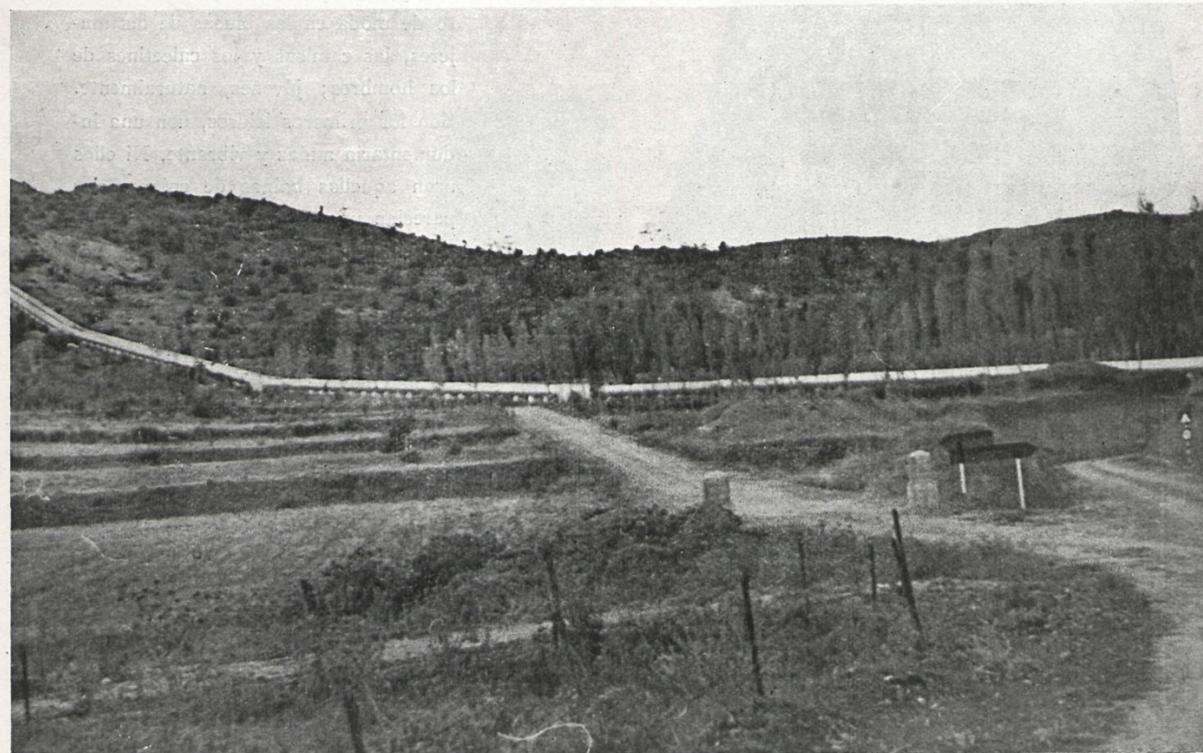
en publicidad, por delante, yo me hubiese hecho millonario en menos tiempo de la mitad que otros a quien conozco y siento no mencionar.

Bromas aparte, hasta sin esa inversión publicitaria, supongo que también me habría hecho rico: simplemente con el agua de Madrid, sí: como ciertos taberneros o lecheros.

Pocas aguas habrán sido tan piropeadas como el agua de Madrid. Linfa pura y cristalina cantada por cuantos gustaron de ella, y recordada siempre, con nostalgia, por cuantos se ven lejos de su presencia.

¡El agua de Madrid!.. Saliendo de la capital, caminito adelante, hale, nos aupamos hasta Torrelaguna, hasta la antigua villa de Tor de Laguna, cuna que fuera del Cardenal Cisneros, tumba del gran poeta castellano Juan de Mena, y campo y plaza de gloria de la seráfica pareja San Isidro y Santa María de la Cabeza.

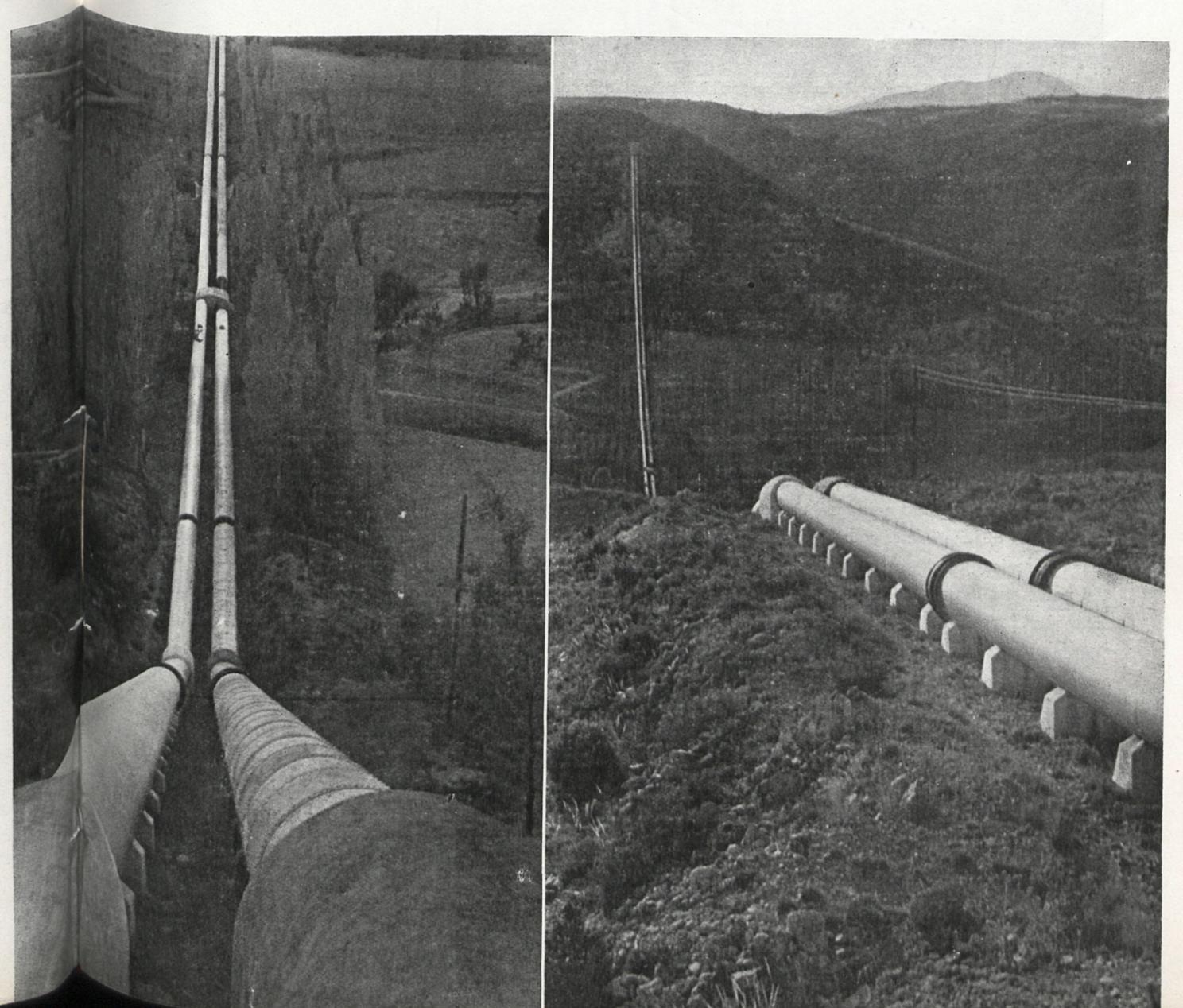
Como dos enormes serpientes metálicas, los sifones reptan sobre todos los accidentes del terreno, en su progresión hacia Madrid.

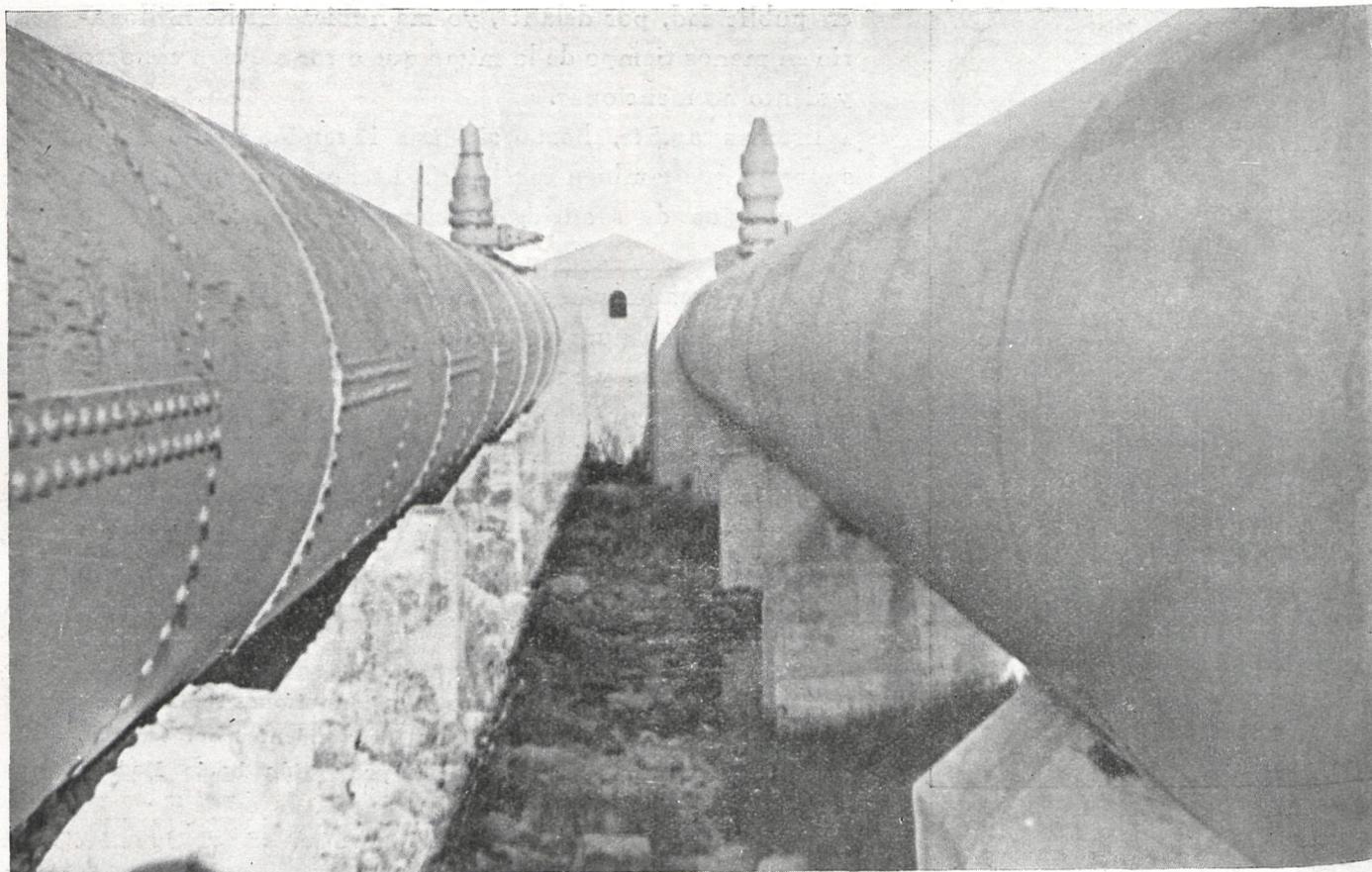


Aspecto del tendido de los sifones. De la montaña al valle, de éste a la nueva escalada.

¡EL agua de Madrid!.. Si yo fuera comerciante, en vez de emborróna-cuartillas, hace tiempo que hubiese montado el bonito negocio de embotellamiento, y subsiguiente venta, del agua de Madrid... Y quédense atrás, en mi segundo plano, las más afamadas de entre las que hoy privan y triunfan en el mundo del comercio.

Sí, señores: tengo la seguridad de que con mi rica agua del Lozoya, embotellada, y un montón de miles de duros





Primer plano de los grandes sifones que transportan el agua a Madrid.

Con permiso del amable lector voy a echar marcha atrás por el camino del tiempo. Con el *lhale oopl*, más circense, pego el salto y me sitúo justamente hace cien años, y en esta misma y pura geografía ibérica de Torrelaguna.

Año de gracia de 1858. De gracia para algunos y adversidades para otros. Aquí mismo, entre montes, cerros, alcores, colinas y valles de Torrelaguna queda patente la relatividad de los adjetivos. Año de gracia para los inspiradores del Canal, para la Empresa que habrá de darle vida, para los ingenieros y otros técnicos que habrán de proyectar su ciencia y su capacidad creadora en una formidable tarea; año de desgracia y de infortunios máximos para la legión de presidiarios que abrían de redimir en parte sus deudas con la sociedad, a través de los trabajos forzados, a través de picar piedras, abrir zanjas, cargar y descargar más que mozos de mesón.

Año 1858. Nos imaginamos, ahora, a Torrelaguna, como a cualquiera de las ciudades del oeste americano, nacidas, brotadas, casi por generación espontánea, a impulso del brillo del oro.

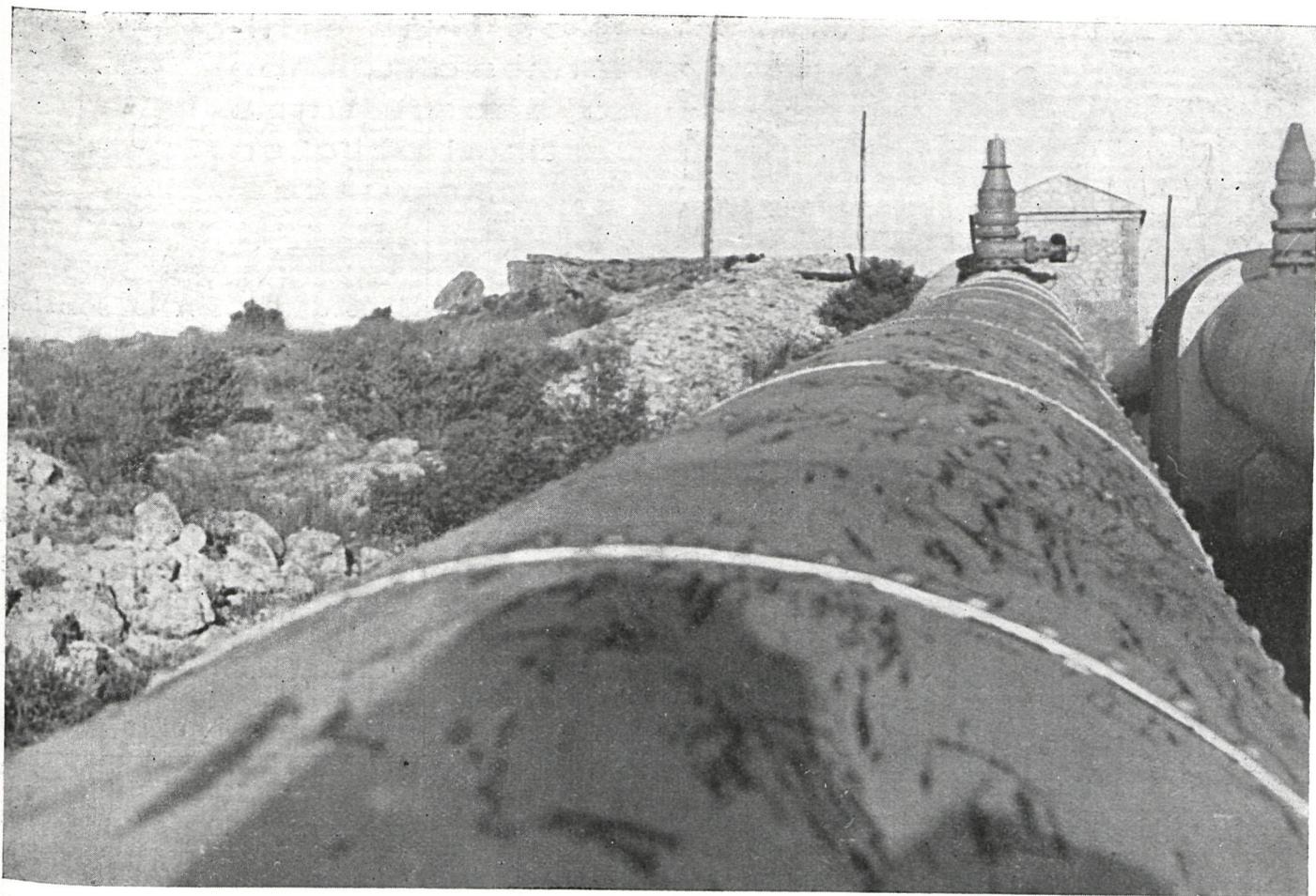
No hay oro en Torrelaguna, ni tampoco el oro negro del petróleo, pero tanto monta: el escenario viene a ser casi el mismo: hombres que viven, sólo, pendientes de la Tierra, hombres con picos, palas y

azadones, hombres horadando, modificando, transformando la rugosa superficie del suelo... Y aquí y allí barrenos que explotan, y el guirigay tremendo de un ejército de trabajadores.

Y es que Torrelaguna iba a convertirse en piedra clave del futuro engrandecimiento, del que, con el tiempo habría de ser fabuloso desarrollo de la capital de España: así, del modo más sencillo: asegurando a Madrid su abastecimiento de aguas, acercando al viejo y reseco caserío manchego el agua milagrosa del Lozoya.

Hoy, a cien años vista, cuando el curioso examina en Torrelaguna la colosal proeza que supone el tendido del Canal de Isabel II, comprende, en seguida, todo el esfuerzo, todo el sacrificio y la extraordinaria clarividencia de los hombres que, cien años atrás, llevaron a magnífico término la titánica empresa.

Sin temor a pecar de hiperbólicos podemos imaginarnos a Torrelaguna, en 1858, como un mundo singular, extraordinario, febril. Cientos de peones, libremente contratados los más, los menos arrimando el hombro a la fuerza, llenando la vida plácida y bucólica del pueblo castellano de un ritmo agitado, nervioso y creador, siempre bajo las directrices de ingenieros, ayudantes y capataces.



Impresionante aspecto de la férrea caparazón de uno de los sifones.

Es en 1859, cuando la empresa del Canal de Isabel II sufrió un grave, si bien pasajero colapso, al menos en el aspecto económico de la gran tarea, cuando ocho forajidos, constituidos en gavilla, atacaron con extraordinaria cautela y gran audacia a los cajeros de la pagaduría de la Empresa, en las propias oficinas de ésta, llevándose, nada menos, que treinta mil duros en oro, capital que en caja se hallaba depositado para atender a pagos de jornales y otras obligaciones.

Los «caballistas» —calificación que el miedo popular daba a los malhechores lanzados al campo— decidieron la perpetración del asalto al conocer que las fuerzas de la recientemente creada Guardia Civil, destacadas en Torrelaguna, llevaban, por entonces, varios días en Madrid, acuarteladas en previsión de una de las zarabandas políticas que venía «disfrutando» el país.

Quiso la suerte que se encontrase en Torrelaguna el subteniente de la Benemérita don Manuel de la Huerta: unas fiebres habían impedido al oficial concentrarse en Madrid al frente de sus subordinados.

Pues, bien: el pundonoroso oficial, no obstante encontrarse enfermo, se lanzó, con la sola ayuda de su asistente, en persecución de los bandoleros; una

marcha dura, fatigosa, interminable, sin el menor descanso ni el más leve sosiego. Tan penosa fué la jornada que, en Alcalá de Henares, quedó extenuado el asistente, mientras su superior, con incomparable voluntad, seguía en pos de los forajidos hasta el pueblo toledano de Seseña.

Tras de localizar el teniente, por fin, en la última citada población, a la mitad principal de la partida —pues la otra había tendido hacia Guadalajara—, se acercó don Manuel de la Huerta a pedir refuerzos al Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro.

Horas después, el oficial, con la colaboración de los bravos mozos del Colegio, reducía a los ladrones, recuperando la mitad del tesoro robado por éstos. Y días más tarde, otras fuerzas de la Guardia Civil detenían en terrenos de la Alcarria al resto de la partida.

\* \* \*

De lo que fué la formidable empresa del Canal de Isabel II, y de lo que aún hoy es, mejor que nada lo dice la presente información gráfica.

F. HERNÁNDEZ CASTANEDO.



## **PENSAMIENTOS FAMOSOS QUE NO SE HAN HECHO FAMOSOS TODAVIA**

Cuando a una mujer la rodean de flores, es el mejor día de su vida: es que se casa.

Cuando a un hombre le rodean de flores, es el peor día de su vida: "fué" el último.

La elegancia es el aristócrata de pura cepa. El Lujo, el nuevo rico rastacueros.



A menudo, el cargo termina por modelar al individuo que lo desempeña de la misma manera que el histrión especializado en papeles de monarca llega a adquirir una gran majestad en sus modales.

*Cuando decimos de un artista «que se defiende» es buena prueba de que son mucho los que le atacan.*

Si opinas de los hombres por sus vestidos te equivocarás tantas veces como el que juzgue a los licores por su embotellamiento.

El mérito de las cosas terrenas no se mide por su propio valer, sino por la ilusión con que las deseamos.

**El otoño es la alopecia incurable de los árboles.**



Los más eminentes cirujanos no saben luego partir el pollo en los banquetes.



Nunca digas verdades sin la sonrisa en tus labios. Todas las medicinas amargas necesitan edulcorante.

Comprarse un despertador es una manera como otra cualquiera de vengarse de los vecinos.



La simpatía es el balón de oxígeno de las feas.

**El oro, que como criado es insustituible y casi todo nos lo consigue, como señor se convierte en nuevo rico inaguantable.**

La lectura cotidiana ordenada viene a ser la gimnasia sueca del espíritu.

*Las lágrimas de la mujer son tan desgarradoras que siempre destrozan un corazón o un bolsillo.*



**ILUSION** es una novela sin páginas a la que se les olvidó poner tapas.

José de CORDOVA